

Editorial Andrés Bello

Hans
Wilhelm

TAIRON EN APUROS



TAIRON

EN APUROS



**Texto e ilustraciones de
HANS WILHELM**



EDITORIAL ANDRÉS BELLO



Ser niño no siempre es fácil. Tampoco es fácil para los dinosaurios niños. El pequeño Bonifacio, por ejemplo, tenía muchos amigos. Pero había un granuja que no dejaba escapar la ocasión de asustarlo.



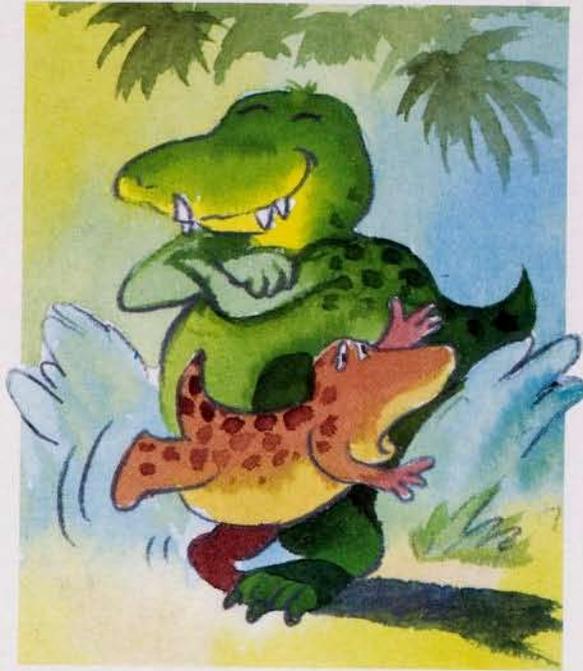
Era Tairon el que le complicaba la vida a Bonifacio. Le gustaba que lo llamaran "Tairon el Terrible". Era también un niño, pero mucho más alto y atrevido que todos los dinosaurios niños de los grandes bosques.

Su entretenimiento favorita era molestar a Bonifacio.

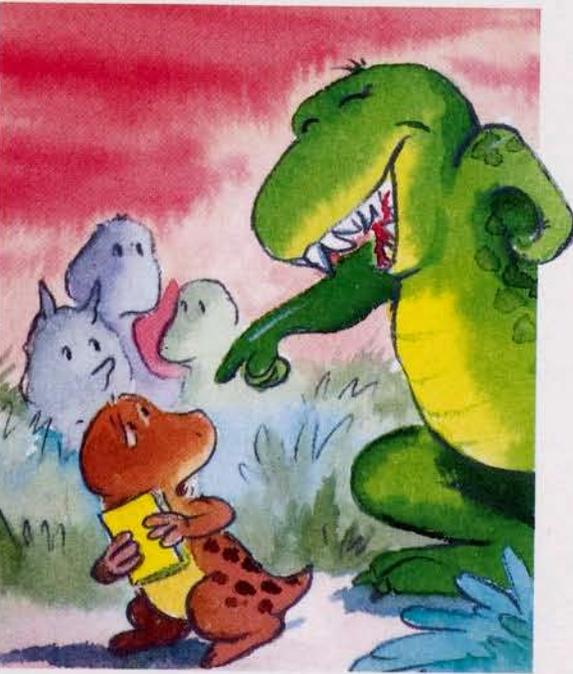
Bonifacio inventaba miles de cosas para librarse de Tairon, pero nada le servía para nada. A Tairon siempre se le ocurría otra cosa peor. Era tan abusador que a Bonifacio le daba miedo ir al colegio.



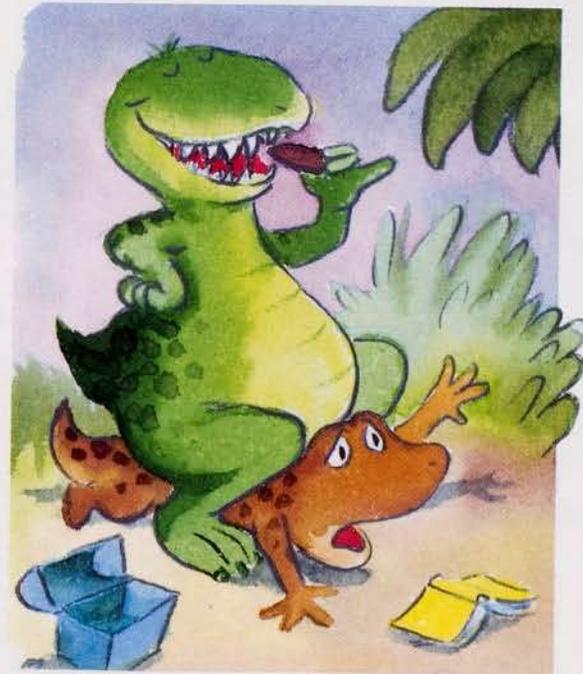
El lunes, Tairon sorprendió a Bonifacio con una ducha de agua fría.



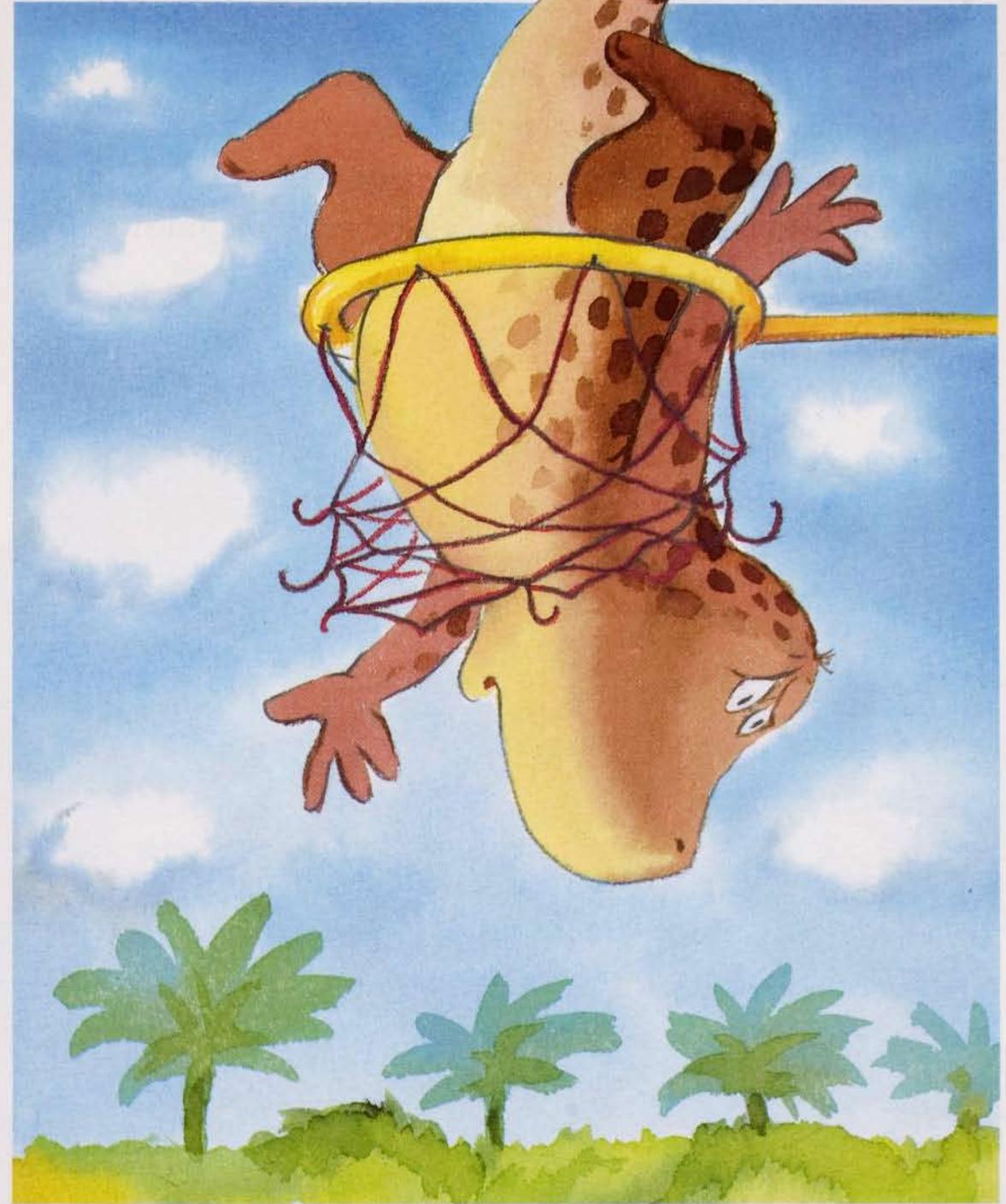
El martes le hizo una zancadilla.



El miércoles se rió de él y le dijo que era una lagartija apestosa.



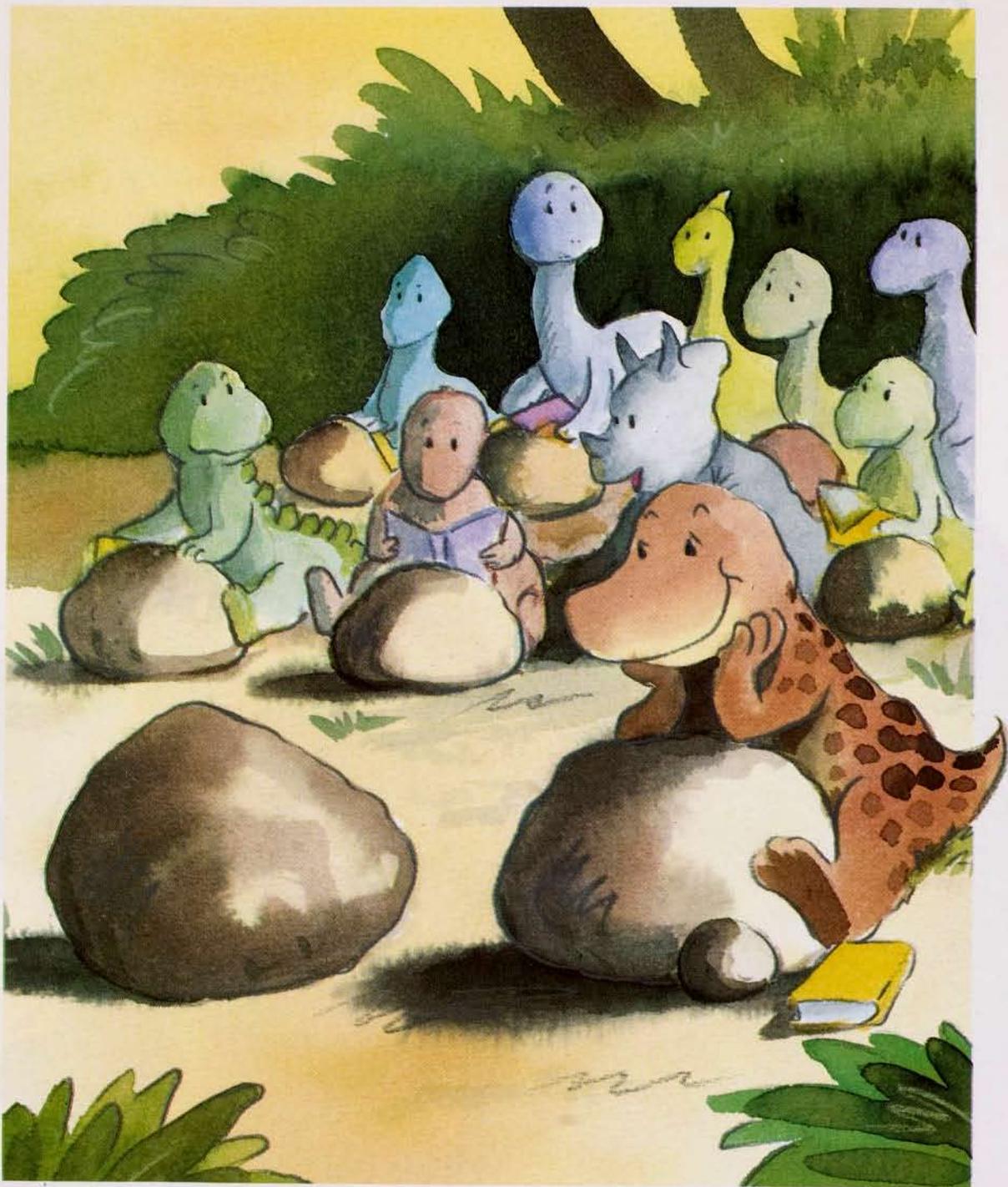
El jueves se comió el sandwich de Bonifacio.



El viernes, Tairon jugó basquetbol con Bonifacio, pero a su manera.

No era raro que Bonifacio esperara con tantas ansias el fin de semana. Sólo entonces podía jugar con sus amigos y olvidarse de Tairon. Pero apenas se acordaba del lunes, le tiritaban hasta los dientes. Volvería a encontrarse con Tairon y todo empezaría de nuevo.





Una mañana, Tairon faltó al colegio. Bonifacio saltaba de alegría. Era demasiado formidable pasar un día entero sin que nadie lo molestara.

A la mañana siguiente, Tairon tampoco llegó al colegio. El maestro le pidió a Bonifacio que pasara por la casa de Tairon después de las clases y le llevara sus libros y cuadernos para que no se atrasara.

-¿YO? -gritó Bonifacio-. ¿Por qué tengo que ir yo?

-Porque tú vives más cerca -respondió el maestro.

¡Bonifacio tiritó, horrorizado!



Le daba tanto miedo ir solo,
que le preguntó a Dulcelina
si lo quería acompañar.

-¡Estás loco! -exclamó
Dulcelina-. Tairon vive con un tío
que es un ogro espantoso.
¡No me atrevería a
acercarme a él!



Estéfano tampoco quiso
acompañar a Bonifacio.

-No, yo no -dijo-. Busca
a alguien más forzudo que yo.
Tairon y su tío me dan pánico.



Bonifacio fue a buscar
a su amigo Fabián, pero él comenzó
a tartamudear y le contestó
que estaba muy ocu-cu-cu-pado
para acompañarlo.

Entonces Bonifacio pensó
en que sus padres podrían ir con él.
Pero no estaban en casa. No
le quedaba más remedio que ir solo.





Mientras se internaba en el bosque,
Bonifacio sentía que el corazón
le golpeaba cada vez con más fuerza.

Iba llegando a la casa de Tairon, cuando oyó
un tremendo alboroto y toda clase de chillidos y crujidos.
Era una sonajera estrepitosa...

El miedo de Bonifacio aumentó. Qué ganas de dar media
vuelta y ¡correr! Pero por lo menos tenía que dejar
los cuadernos junto a la puerta.



Cuando Bonifacio se acercó a la puerta, oyó una voz como un trueno: ¡Lagartija apestosa! Pero no era Tairon el que había gritado. Era el vozarrón de una persona mayor.

Bonifacio escuchó entonces:

-¡Espera a que te agarre y verás! ¿Crees que puedes engañarme? Yo te enseñaré quién manda aquí.

Alguien cerró la puerta de un golpe y puso cerrojo. Unos pasos retumbaron al subir la escalera. Luego, silencio... Pero desde algún lugar llegó el suave sonido de una respiración. Sigilosamente, Bonifacio dio la vuelta y se acercó para mirar por la ventana del sótano. ¡Allá abajo había alguien!





Era Tairon. Estaba encogido, hecho un nudo en el suelo.
¡Se veía mucho más pequeño!
-¿Estás bien? -susurró Bonifacio desde la ventana.

-¡Por supuesto que estoy bien! -gruñó
Tairon-. Y ¿qué andas husmeando tú por aquí?

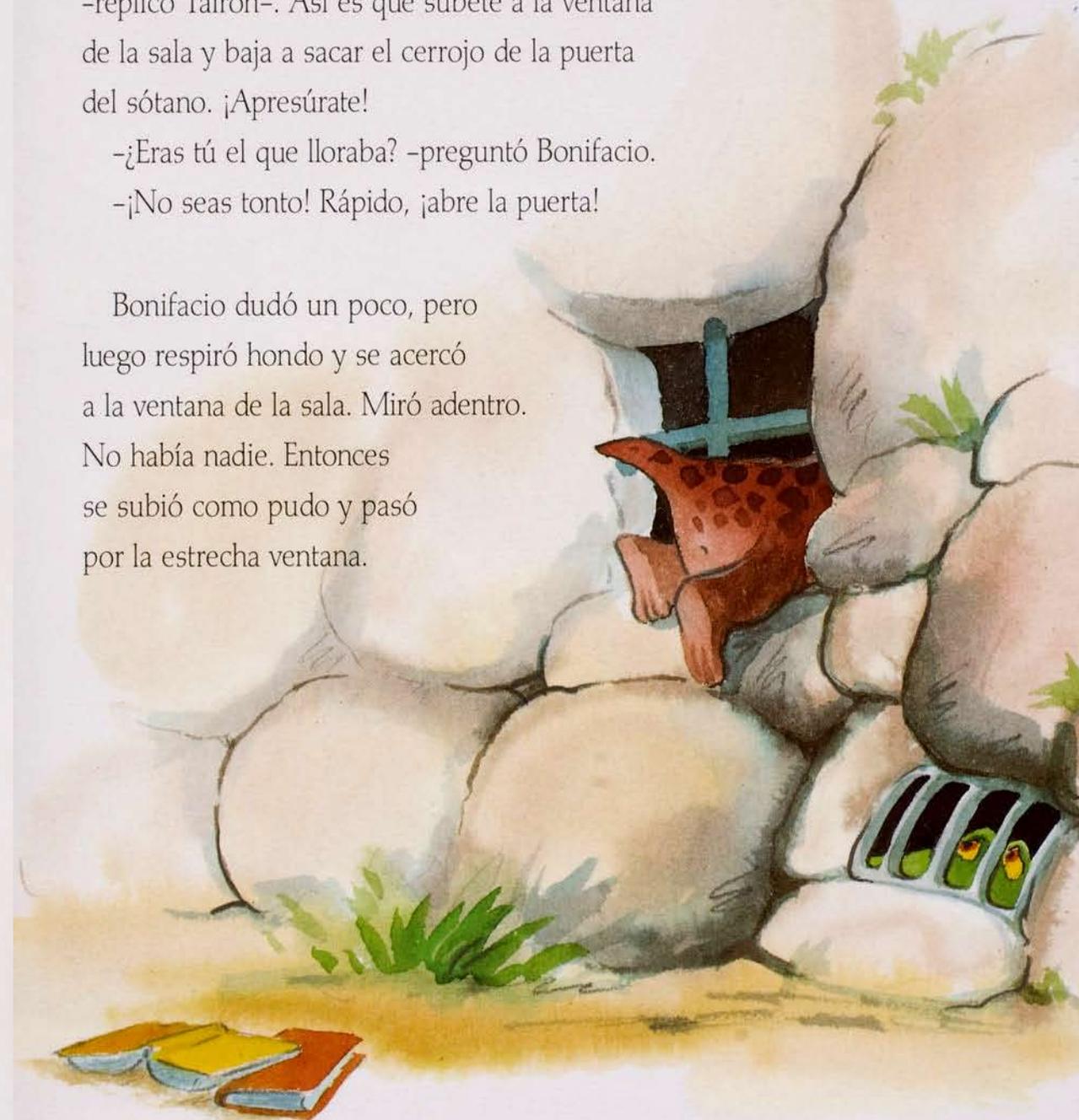
-Te traje tus libros y tus cuadernos -dijo
Bonifacio-. ¿Quieres que te los tire
por la ventana?

-No. Quiero salir de aquí inmediatamente
-replicó Tairon-. Así es que súbete a la ventana
de la sala y baja a sacar el cerrojo de la puerta
del sótano. ¡Apresúrate!

-¿Eras tú el que lloraba? -preguntó Bonifacio.

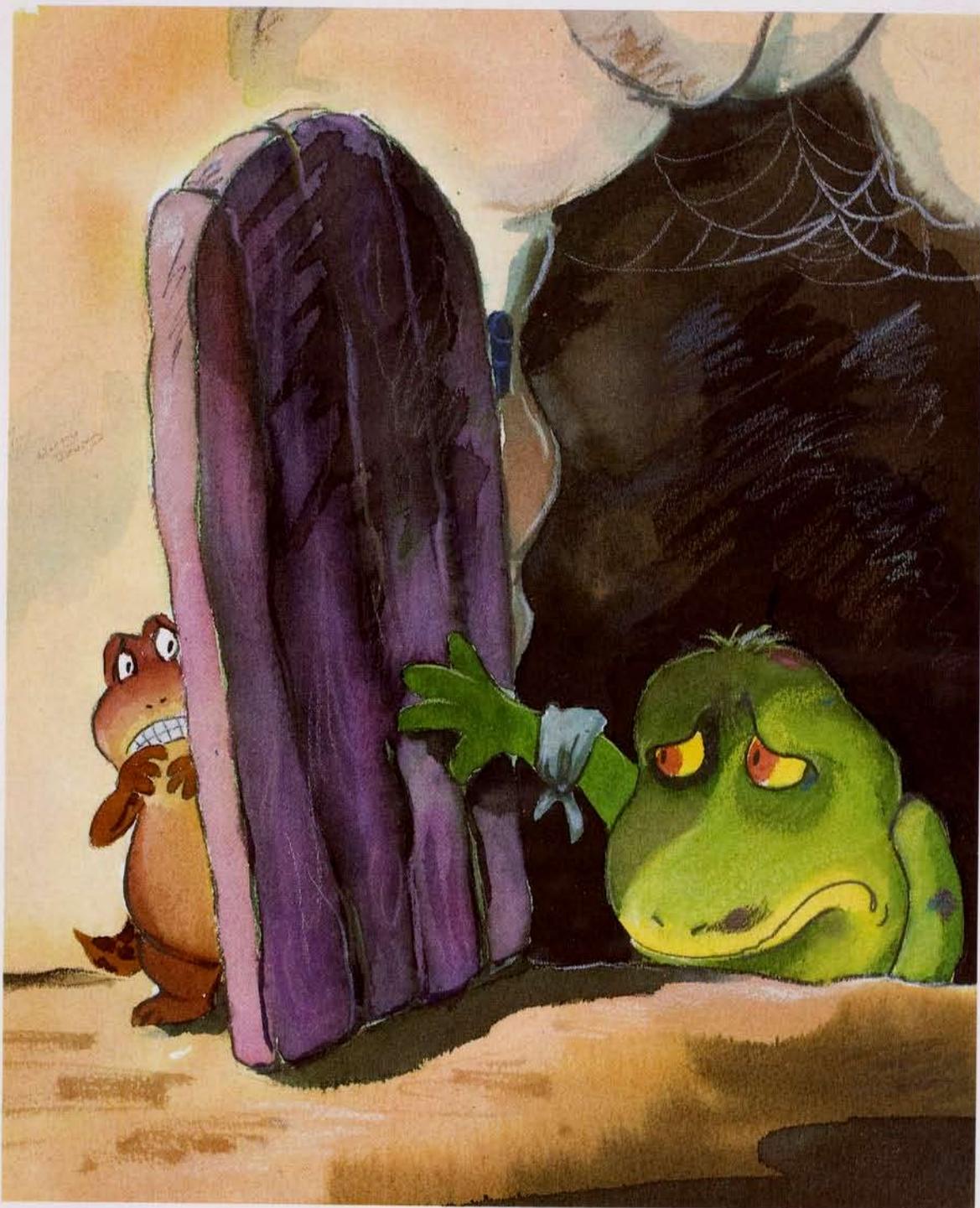
-¡No seas tonto! Rápido, ¡abre la puerta!

Bonifacio dudó un poco, pero
luego respiró hondo y se acercó
a la ventana de la sala. Miró adentro.
No había nadie. Entonces
se subió como pudo y pasó
por la estrecha ventana.





Atravesó la sala caminando en puntillas.
A su alrededor todo estaba patas para arriba:
los muebles volcados, platos y tazas rotos.
La puerta que llevaba al sótano estaba trancada
con un enorme cerrojo. Fue superdifícil
moverlo, pero Bonifacio lo logró. ¡La puerta
estaba abierta!



Bonifacio no se atrevió a acercarse a Tairon. "Más vale asegurarse", pensó.



Pero cuando Tairon llegó al final de la escalera, Bonifacio olvidó su miedo por un instante.

-¿Qué te pasó? -susurró.

De repente se volvieron a oír los mismos pasos pesados. Alguien bajaba por la escalera. Bonifacio se escondió detrás de la puerta del sótano.



Era el tío de Tairon. Y de verdad jera un ogro auténtico!

-¿Cómo saliste del sótano?
-vociferó mientras agarraba a Tairon por el brazo.

Veloz como un rayo, Bonifacio corrió hacia la puerta y la abrió tan rápido como pudo.



-¡Suéltalo! -gritó Bonifacio, con una fuerza que él mismo desconocía-. Rápido, Tairon, ven y ¡sal de aquí!

El tío se sorprendió tanto que soltó el brazo de su sobrino. Tairon dio un brinco hacia afuera.





Bonifacio y Tairon echaron a correr por el inmenso bosque y se alejaron lo más que pudieron del feroz tío. Después de un rato, tuvieron que detenerse a tomar aliento.

-Me salvaste la vida, petiso -dijo Tairon, acezando-. Creo que será mejor que me quede contigo por un tiempo.

-¿Síiii...? -preguntó Bonifacio.

-Es que mi tío se va a enfurecer cuando descubra que enterré su pipa.

-¿Que hiciste qué?

-También clavé sus pantuflas en el piso.

-¿Quéeee?

-Pero, adivina. ¿Sabes qué es lo que de veras va a sacar de sus casillas a ese viejo ogro? Le vacié el basurero en la cama. Así es que si me encuentra, me mata.

-Ya, no me cuentes más. Eres espantoso -dijo Bonifacio-. Voy a preguntar en mi casa si puedes quedarte por un tiempo con nosotros. ¡Pero tienes que prometerme que nos vas a dejar en paz a mis padres y a mí!



En su casa, Bonifacio contó lo que había sucedido con Tairon. Su papá llamó de inmediato a todos los papás dinosaurios y juntos pensaron en cómo ayudar a Tairon. Mientras tanto, mamá dinosauria curó y vendó amorosamente al herido. Lo hizo tan bien...

...que, al poco tiempo, ¡Tairon volvió a ser el mismo de antes!

